



ARGENTINA

La nueva derecha argentina y las paradojas de este tiempo

Por **Gabriel Vommaro**

Gabriel Vommaro analiza las particularidades del PRO en la escena política argentina, atendiendo a dos dimensiones. En primer lugar, su trayectoria especular y antagónica a la del kirchnerismo, con el cual se medirá, por primera vez, en el marco de elecciones presidenciales. En segundo lugar, sus similitudes y diferencias con las expresiones previas de la centroderecha lo ubican como un nuevo tipo de organización política.

Tras el ciclo más largo de ampliación de derechos vivido en el actual periodo democrático en Argentina, una fuerza de centro-derecha se encamina a convertirse en el principal adversario del Frente para la Victoria (FPV), la fuerza política que actuó desde el gobierno como motor de ese proceso. Así las cosas, se cumpliría el viejo sueño de la ciencia política de tener, como sucede en buena parte de los países europeos y en algunos de los vecinos del Cono Sur, un espacio político organizado en torno a la competencia entre una fuerza de centro-izquierda y otra de centro-derecha. Terminaríamos, por fin, con la anomalía argentina, donde los partidos nacional-populares cobijaron en su interior elementos de ambos campos ideológicos. Por otro lado, el FPV encontraría un adversario que conteste sus políticas económicas no en nombre del devalamamiento de la “mascarada”, como lo han hecho buena parte de las fuerzas políticas que se le opusieron durante la última década, que partían de la idea de que el kirchnerismo era una impostura, una falsedad –falso progresismo, falso peronismo–, frente al cual sus adversarios se presentaban como la opción verdadera. No. La nueva derecha argentina que organiza y encarna el partido Propuesta Republicana (PRO) no quiere

develar esa imaginada farsa kirchnerista –cuyo supuesto gobierna además buena parte de los análisis políticos de los intelectuales críticos del actual gobierno y cuya presentación pública se realiza a partir de diversos dispositivos de denuncia político-moral– ni volver verdaderos, o más bien históricamente realizables, los principios en nombre de los cuales el FPV, y en especial sus líderes y principales cuadros dirigentes, diseñan sus ropajes. Al contrario, la nueva derecha acepta su verdad para ir a contrapelo de ella, es decir, para cambiar el rumbo de las políticas de Estado implementadas en la última década, o al menos de buena parte de ellas.

En definitiva PRO es hijo de la misma época que vio nacer al kirchnerismo. Surge como una respuesta a la crisis de 2001-2002, es decir al agotamiento del modelo neoliberal dominante en los años 90, así como a la impugnación de la política institucional desplegada en las movilizaciones de diciembre de 2001 y en los espacios asamblearios y participativos que surgieron antes y después de esos acontecimientos. Si el kirchnerismo se propuso, como salida a esa situación, reconstruir la autoridad del Estado frente a las corporaciones y los poderes fácticos, es decir erigir un régimen de primacía de la política, por así decirlo, que subordinara la lógica económica privada a la lógica pública de los derechos, PRO compartía esa voluntad de reconstrucción, pero en virtud de una lectura de la situación y del pasado reciente muy disímil. Por un lado, para reconstruir la autoridad del Estado no se trataba de robustecer las fronteras frente al mundo privado sino, precisamente, de tomar de ese mundo las virtudes que podrían volver la política y el mundo público más eficientes: gestión, capacidad emprendedora. Estos valores eran combinados con los que habían sido enarbolados por diferentes actores provenientes en buena parte del mundo católico, pero no solamente, y cuyas energías habían sido volcadas en ONG y fundaciones, en especial

Tras el ciclo más largo de ampliación de derechos vivido en el actual periodo democrático en Argentina, una fuerza de centro-derecha se encamina a convertirse en el principal adversario del Frente para la Victoria. Así las cosas, se cumpliría el viejo sueño de la ciencia política de tener un espacio político organizado en torno a la competencia entre una fuerza de centro-izquierda y otra de centro-derecha.



las construidas en la década del 90 con una lógica profesionalizante –pensemos, por ejemplo, en el Grupo Sophia de Horacio Rodríguez Larreta, que termina por fundirse en el proyecto del PRO—. Nos referimos a una ética de voluntariado que podría, según la visión macrista, moralizar la política, volverla más transparente. Así, con el lema de “meterse en política”, el PRO se propuso, desde un comienzo (cuando aún era un *think tank*, llamado Creer y Crecer), transformar la política con valores del mundo de la empresa y del llamado “tercer sector”.

PRO es hijo de la misma época que vio nacer al kirchnerismo. Si el kirchnerismo se propuso, como salida a esa situación, reconstruir la autoridad del Estado frente a las corporaciones y los poderes fácticos, PRO compartía esa voluntad de reconstrucción, pero en virtud de una lectura de la situación, y del pasado reciente, muy disímil.

En resumen, y como sostuvimos en otra parte,¹ este partido construye así un nuevo *ethos* político basado en los valores del emprendedurismo, que declina en un polo económico –la gestión– y en un polo social –el voluntariado–. De este modo, cuando piensa el Estado, para PRO es importante que sea fuerte y eficiente, desde luego, pero para que pueda crear las condiciones para el desarrollo de las capacidades del mundo privado, así como de la sociedad civil. Este credo profundo, que hunde sus raíces en las doctrinas neoliberales, revisa no obstante críticamente el neoliberalismo realmente existente en Argentina en los noventa, y no sólo se propone una política más transparente y eficiente sino también un Estado capaz de no socavar su autoridad por renunciar a una activa política social hacia los sectores populares. Una derecha “sensible”, entonces, como se decía en algunos comentarios políticos cuando PRO

triumfa en las elecciones de 2007 en la ciudad de Buenos Aires. Pero, al mismo tiempo, como veremos, una derecha pragmática, no dispuesta a resignar posicionamiento electoral ni poder de gobierno en nombre de principios ideológicos.

Para entender cómo esta tensión entre dos modos de entender la relación entre Estado, sociedad y mundo privado se plasma en inflexiones históricas concretas, podemos mencionar el modo en que, una vez asumida la

1 Véase nuestro “‘Meterse en política’: la construcción de PRO y la renovación de la centroderecha argentina”, *Nueva Sociedad*, nro. 254, noviembre-diciembre de 2014.



presidencia de la nación en 2003, Néstor Kirchner, entonces en pleno inicio de su proyecto de transversalidad, toma en sus manos el programa “El hambre más urgente”, diseñado en el contexto de las crisis social de 2002 por el grupo de jóvenes profesionales provenientes del mundo católico que gravitaba en torno a Horacio Rodríguez Larreta y que había formado parte, durante la década anterior, del Grupo Sophia. Se trataba de un programa de asistencia nutricional de alcance nacional, dirigido a niños menores de cinco años y mujeres embarazadas que contaba con el apoyo del Grupo Sophia, Poder Ciudadano, Red Solidaria, entre otras ONG, pero también del diario *La Nación*, del periodista Luis Majul y de otros actores del mundo mediático. Estos grupos habían logrado reunir más de un millón de firmas, y con esos apoyos y la presión mediática habían logrado, en diciembre de 2002, que el Senado convirtiera el proyecto en ley. Por entonces, la idea de que las ONG debían ser actores centrales de las políticas sociales seguía siendo uno de los lugares comunes del debate político. Ya presidente, Kirchner acepta implementar el programa y le encarga a la nueva ministra de Desarrollo Social, Alicia Kirchner, que organice su implementación. Al lanzarlo, el 7 de julio de 2003, el nuevo presidente sostiene que será el gobierno nacional el que fijará “los objetivos generales”. Agradece, desde luego, a las ONG por la iniciativa, a la que califica de “loable”, al tiempo que critica a los empresarios argentinos por estar “acostumbrados a implementar las políticas económicas que ellos necesitan y que ellos quieren, pequeños grupos y sectores del poder del país que durante años estuvieron trabajando por las espaldas de todos los argentinos”. Los coloca, de este modo, no en el lugar de la virtud de la que debe aprender la actividad política sino del interés particular que un Estado debe, por hablar como el viejo Hobbes, mantener a raya. Sostiene así: “No escuché hablar a estos sectores del hambre más urgente, no los escuché hablar de la tremenda pobreza que tienen muchos argentinos, no los escuché hablar a estos sectores de la falta de trabajo, no los escuché hablar de muchas cosas que pasan en el interior de la Argentina”. Y nuevamente, frente a los intereses de los privados, propone la autoridad política del Estado como reaseguro de los derechos colectivos: “Por eso, estén tranquilos. Nosotros sabemos hacia dónde tenemos que orientar económicamente y productivamente al país. Vamos a ir dando paso a paso, con absoluta y total independencia, porque, vuelvo a repetir (...), no vine ni vinimos a dejar nuestras convicciones en la puerta de entrada a la Casa Rosada” (*La Nación*, 8 de julio de 2003).



Para reconstruir la autoridad del Estado no se trataba de robustecer las fronteras frente al mundo privado sino, precisamente, de tomar de ese mundo las virtudes que podrían volver la política y el mundo público más eficiente: gestión, capacidad emprendedora. Nos referimos a una ética de voluntariado que podría, según la visión macrista, moralizar la política, volverla más transparente. Así, con el lema de “meterse en política”, el PRO se propuso, desde un comienzo (cuando aún era un think tank, llamado Creer y Crecer), transformar la política con valores del mundo de la empresa y del llamado “tercer sector”.

Así las cosas, el polo nacional-popular habría encontrado por fin un adversario a su altura: explícitamente pro mercado, explícitamente opuesto a que el Estado limite el accionar de las corporaciones y hasta se convierta en gestor o productor de bienes antes en manos de actores privados. Al menos desde 2005, y con mayor intensidad desde 2007, cuando Kirchner señaló a Macri en sus discursos –nos recordaba, precisamente, que Mauricio, ese político descontracturado que construía por entonces, exitosamente, cercanía con los electores porteños, era en realidad Macri, heredero de uno de los principales grupos económicos del país, cuya acumulación originaria había tenido lugar durante la última dictadura militar y había dado un salto cualitativo en los años 90–, PRO era el adversario elegido por los líderes del FPV. “Dice lo que quiere hacer”, lo elogiaban los kirchneristas, aunque luego criticaran el contenido de las propuestas de su adversario.

Sin embargo, las cosas son, en la actualidad, bastante más complicadas. Primero, porque PRO, a diferencia de sus antecesores –la UCEDE en los años 80, y Acción por la República en los 90– no es un clásico partido de derecha, ni respecto de su personal político, ni de su discurso. En cuanto al primer punto, en el contexto de la crisis de las principales fuerzas políticas en la ciudad de Buenos Aires, a comienzos de la década de 2000, logró atraer a dirigentes de larga data de origen peronista y radical, y en muchos casos logró que pasen a formar parte del nuevo armado político, hasta volverse piezas fundamentales de la construcción electoral de PRO. Pensemos, por ejemplo, en los peronistas del sur de la ciudad o del Bajo Belgrano-Nuñez, o en los radicales de



los barrios del corredor central, que formaron parte de la estrategia de penetración del macrismo en un electorado que le había sido reacio hasta al menos 2007 y que desde entonces le permitió ganar con holgura las elecciones locales. Parte del intento de nacionalización de PRO, iniciado con mayor intensidad a partir de 2011, se basa en las alianzas con dirigentes de los partidos nacional-populares –con su ala derecha, en buena parte de los casos–. El caso de Carlos Reutemann en Santa Fe es al respecto elocuente. A diferencia de las incorporaciones al partido producidas en sus años formativos, en este caso se trata de coaliciones, es decir que no permiten que crezca organizativamente PRO pero sí que expanda su presencia electoral.

La decisión del radicalismo, en su última convención nacional, de conformar una coalición electoral con PRO, avanza aún más en este sentido. El partido de tradición nacional-popular que en los años 80 había producido un giro hacia la social-democracia, en los 90 se había aliado con la principal fuerza de centro-izquierda del país, y en el 2000 se había fragmentado en opciones políticas diversas (desde el kirchnerismo hasta la alianza con De Narváez), se define en la actual coyuntura como aliada de la centro-derecha. Y lo hace con una lectura de la situación en clave populismo versus república, afín a la que PRO realizó a comienzos de los años 2000, en coincidencia con la mirada que la derecha local, así como las derechas regionales y, en especial, la influyente derecha española del Partido Popular, tenía sobre la situación política en la región. Estos grupos identifican populismo con ciertas políticas económicas, de tipo redistributivas, y con cierto “estilo” político, de concentración de decisiones en el poder ejecutivo. No es este el lugar para recorrer críticamente la pobre mirada sobre el republicanismo que vehiculan estas posiciones. Lo importante es dar cuenta de una clave de lectura del actual proceso que es reapropiada por el radicalismo, y de este modo borroneada en su carácter de mirada distintiva de la centro-derecha.

En cuanto a las posiciones ideológicas, ya hemos anticipado que PRO no es, a diferencia de sus antecesores en la centro-derecha, y en

PRO, a diferencia de sus antecesores –la UCEDE en los años 80, y Acción por la República en los 90– no es un clásico partido de derecha, ni respecto de su personal político, ni de su discurso.



especial de la UCEDE, un partido doctrinario. Es cierto que ha logrado mantener en sus filas a esa derecha, a la que cobija y le otorga un lugar importante en la organización. Sin embargo, la combina con esos otros elementos ya mencionados –el personal político de quienes se “meten” en la actividad llegados del mundo de la empresa y las ONG, pero también los políticos tradicionales de los partidos mayoritarios–, así como con algunos elementos ideológicos que esos grupos traen. Sensibilidad social, progresismo cultural en ciertos aspectos, conviven con el corazón de las doctrinas neoliberales. Al mismo tiempo, la estética festiva que despliega el partido en sus ritos y celebraciones lo conecta con cierta experiencia social de los sectores medios-altos que están, por así decirlo, fuera de la política. PRO organiza esas energías y las pone al servicio de su proyecto. Y lo hace de modo pragmático porque, a diferencia de la UCEDE, no quiere ser una tribuna doctrinaria sino una opción de poder. Al mismo tiempo, en tanto PRO es hijo de los años del consenso estatalista, solidificado en buena parte por las políticas públicas del kirchnerismo, debe lidiar con la tensión entre su ideología y ese consenso. La flexibilidad lo ayuda a moderar sus convicciones pro mercado. Los cuadros neoliberales del partido, y en especial los principales referentes económicos, que comulgan con esas ideas, tienen la ardua tarea de producir discursos públicos cuando no hay consenso para ciertos planteos. Cuando la campaña electoral de 2015 ha comenzado apenas a rodar, sabemos que esas concepciones permanecen a la espera de mejores oportunidades.

Necesitamos tomar en cuenta que existe también un límite a la clara diferenciación entre centro-izquierda y centro-derecha en virtud de los modos en que el propio FPV tramita hasta el momento su sucesión.

Por último, y puesto que debemos pensar, siempre, la construcción de posicionamientos políticos en términos relacionales, necesitamos tomar en cuenta que existe también un límite a la clara diferenciación entre centro-izquierda y centro-derecha en virtud de los modos en que el propio FPV tramita hasta el momento su sucesión. Cuando se escriben estas páginas, los candidatos que parecen tener más chances de representar al kirchnerismo en las presidenciales de 2015

poseen contornos ideológicos menos definidos que los que delinearon Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner. Además, políticos popular-conservadores o tecnocrático-populares, estos posibles



candidatos comparten con el líder de PRO una socialización política en los años del peronismo noventista. En qué medida esta historia pesará sobre las opciones presentes aún no está claro, pero lo que sí es seguro es que el kirchnerismo se encuentra paradójicamente en la situación de haber encontrado las condiciones para llevar a cabo una disputa entre “modelos” encarnada en opciones electorales, justamente cuando sus principales candidatos no parecen encarnar algunos de los principales rasgos de ese proyecto político que permitió, con holgura, que el kirchnerismo se ubique como heredero de los mejores proyectos populares nacidos a la izquierda del espectro político. ●

